



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

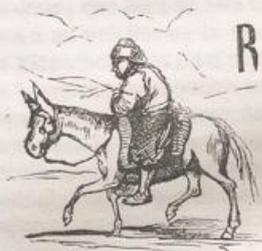
Capitulo LIV. Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO LIV.

Que trata de cosas tocantes á esta historia, y no á otra alguna.



RESOLVIÉRONSE el duque y la duquesa de que el desafío que don Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se habia ido huyendo; por no tener por suegra á doña Rodriguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosilos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el duque á don Quijote, como desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaría en el campo armado como caballero, y sustentaria como la doncella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. Don Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habersele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta donde se extendia el valor de su poderoso brazo, y así con alborozo y contento esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos.

Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rucio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba mas que ser gobernador de todas las insulas del mundo. Sucedió pues, que no habiéndose alongado mucho de la insula del su gobierno (que él nunca se puso á averiguar si era insula, ciudad, villa ó lugar la que gobernaba) vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destes extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fue una palabra que claramente pronunciaba limosna, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian, y como él, segun dice Cide Hamete, era caritativo ademas, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo diciendoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: güelte, güelte (1).

No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente. Entonces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostróselá á Sancho por donde entendió que le pedian dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la

(1) Palabra alemana que significa *dinero*: en aleman se escribe *GELD*, de donde vino el decir *Güelre* en la germania. — MARTINEZ DEL ROMERO.

no arriba, les dió á entender que no tenia ostugo (1) de moneda, y picando al rucio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: váleme Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Si tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo: como ¿y es posible Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?

Entonces Sancho le miró con mas atencion, y comenzó á refigurarle, y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello, y le dijo: ¿quién diablos te habia de conocer, Ricote, en este traje de moharracho que traes? Dime ¿quién te ha hecho franchote, y como tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás hartó mala ventura?

Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí aparece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás, con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me ha sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su magestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste.

Hizolo así Sancho, y hablando Ricote á los demas peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitaron las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota, y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo menos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nueces, rajadas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dejaban mascar, no defendian el ser chupados. Pusieron asimismo un manjar negro, que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre (2): no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que mas campeó en el campo de aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja: hasta el buen Ricote, que se habia trasformado de morisco en aleman ó en tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en él la punteria; y desta manera meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recibian, se estuvieron un buen espacio, trasegando en sus estómagos las entrañas de las vasijas.

Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; antes por cumplir con el refran, que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota, y tomó su punteria como los demas, y no con menos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fue posible, porque ya estaban mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegria que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano

(1) Rastro, señal — Arr.

(2) Que escitan mucho la gana de beber vino, ó beber del pellejo ó bota donde se lleva aquel, que esto significa la colambre. — Arr. — Hoy se dice Corambre. — MARTINEZ DEL ROMERO.

derecha con la de Sancho, y decía: español y tudesqui tuto uno bon compañero (1); y Sancho respondía, bon compañero jura Di, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le había sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo cuando se come y bebe, poca jurisdicción suelen tener los cuidados. Finalmente el acabárseles el vino fue principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habían comido mas y bebido menos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pie de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

Bien sabes, ó Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nacion (2), puso terror y espanto en todos nosotros: á lo menos en mí le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedía para que hiciésemos ausencia de España, ya tenía el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené pues á mi parecer como prudente (bien así como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse), ordené, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, é ir á buscar donde llevarla con comodidad, y sin la priesa con que los demas salieron, porque bien vi y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fue inspiracion divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos: pero eran tan pocos, que no se podían oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la mas terrible que se nos podía dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural: en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea; y en Berbería y en todas las partes de Africa, donde esperábamos ser recibidos, acogidos y regalados, allí es donde mas nos ofenden y maltratan. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los mas de aquellos, y son muchos, que sa-

(1) Expresion italiana, introducida en nuestra lengua para significar un hombre condescendiente, sociable amigo de tratarse bien, y de comer y beber con sus amigos, *buen compañero*, como llamó el esbrero Pedro al pastor Crisóstomo (P. I, c. xii). Pero además de esto el *español y tudesqui* (ó acaso *españolí y tudesqui*) *tuto uno bon compañero* de Sancho es una tácita reprension sobre que los templados españoles con el trato y comunicacion de los tudescos ó alemanes se habían aficionado á los brindis. — P.

(2) Cervantes menciona aquí uno de los acontecimientos mas graves y notables de nuestra historia, verificado desde 1609 hasta 1614, en que por la intolerancia religiosa y por la codicia de algunos gobernantes fueron expulsadas de España mas de seiscientos mil almas que enriquecían y poblaban la nacion. Esto no dejaban de conocerlo algunos escritores, entre ellos frai Pedro de San Cecilio, en sus *Anales de los PP. Mercenarios descalzos*, cuando dice que los moriscos eran una *gente aplicada, continua en el trabajo, enemiga de la ociosidad, y que sin daño ajeno buscaba su provecho. Con su ejemplo obligaban á trabajar á los cristianos viejos... Faltaron ellos y los demas comenzaron á desmayar en sus labores y oficios*, etc. Este proceder tiránico y la anterior expulsion de los judios fueron la causa de la despoblacion de España y de su grande atraso. Las calamidades mas duras que han sufrido los judios desde su dispersion fue el edicto de Fernando é Isabel, dado en Granada en 30 de marzo de 1492, conminándolos con la muerte, si en el espacio de cuatro meses no abrazaban el cristianismo. El inquisidor Torquemada prohibió á los cristianos les suministrasen pan, agua, carne ó vino pasado el mes de abril; *Tantum religio potuit suadere malorum!* Todas las proposiciones que hicieron fueron desechadas, pues Abarbanel, judio rico, ofreció 600,000 coronas en nombre de su nacion si se revocaba el edicto. Mariana cree que el número de expatriados ascendió á 800,000 almas:—los judios prefirieron el destierro á la apostasia. Los desterrados de muchos puntos se dirigieron á Italia, en donde fueron muy bien recibidos, aun en Roma por el papa Alejandro VI, siendo una cosa muy chocante y notable que por un acto tan cruel confirió el título de *Católica* á la corona de España al mismo tiempo que dió entrada á los judios en la capital del mundo cristiano. — MARTINEZ DEL ROSERO.

ben la lengua como yo, se vuelven á ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria.

Sali, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque allí nos hacian buen acogimiento, quise verlo todo. Pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podía vivir con mas libertad, porque sus habitantes no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta (1), juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios della, que los tienen por sus Indias y por certísima grangería y conocida ganancia. Andanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real, por lo menos, en dineros y al cabo de su viaje salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que estan en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros: que en resolucion, Sancho, yo sé cierto que Ricota mi hija y Francisca Ricota mi mujer son católicas cristianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de cristiano que de moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer como lo tengo de servir: y lo que me tiene admirado es no saber por qué se fué mi mujer y mi hija antes á Berberia que á Francia, adonde podia vivir como cristiana.

A lo que respondió Sancho: mira, Ricote, eso no debió estar en su mano porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu mujer, y como debe de ser fino moro, fué á lo mas bien parado; y séte decir otra cosa, que creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, por que tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro, que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí donde estaba, temeroso de algun desman: y así si tú, Sancho, quieres venir conmigo, y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas.

Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seis meses en platos de plata: y así por esto, como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo, si como me prometes doscientos escudos, me dieras aqui de contado cuatrocientos.

¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. He dejado de ser gobernador de una insula, respondió Sancho, y tal, que á buena fe que no hallé otra como ella á dos tirones. ¿Y donde está esta insula? preguntó Ricote. ¿Adonde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la insula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las insulas estan allá dentro de la mar, que no hay insulas en la tierra firme. ¿Como no? replicó Sancho: digote, Ricote amigo, que esta mañana me parti della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la he dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. He ganado, respondió Sancho, el haber co-

(1) Augshurgo, la antiguo Augusta Fidei licorum.

nocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y aun el sustento, porque en las insulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud.

Yo no te entiendo; Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate: que ¿quién te habia de dar á ti insulas que gobernases? ¿faltaban hombres en el mundo mas hábiles para gobernar que tú eres? Calla, Sancho, y vuelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te he dicho. Ea, te he dicho Ricote, replicó Sancho, que no quiero: conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que yo sé que lo bien ganado se pierde, y lo malo, ello y su dueño.



No quiero porfiar, Sancho, dijo Ricote; pero dime ¿hallásete en nuestro lugar cuando se partió del mi mujer, mi hija y mi cuñado? Si hallé, respondió Sancho, y séte decir que salió tu hija tan hermosa, que salieron á verla cuantos habia en el pueblo, y todos decian que era la mas bella criatura del mundo. Iba llorando, y abrazaba á todas sus amigas y conocidas, y á cuantos llegaban á verla, y á todos pedia la encomendasen á Dios y á nuestra Señora su madre: y esto con tanto sentimiento, que á mi me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron y á fe que muchos tuvieron deseo de esconderla y salir á quitársela en el camino, pero el miedo de ir contra el mandado del rey los detuvo: principalmente se mostró mas apasionado don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico que tú conoces,

que dicen que la queria mucho; y despues que ella se partió, nunca mas él ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que iba tras ella para robarla; pero hasta ahora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dijo Ricote, de que ese caballero adamaba á mi hija; pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me dió pesadumbre el saber que la queria bien; que ya habrás oido decir, Sancho, que las moriscas, pocas ó ninguna vez se mezclaron por amores con cristianos viejos; y mi hija,

que á lo que yo creo atendia á ser mas cristiana que enamorada, no se curaria de las solicitudes dese señor mayorazgo. Dios lo haga, replicó Sancho, que á entrambos les estaria mal; y déjame partir de aquí, Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor don Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rucio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

